

gia, en los zoófitos, los individuos propagados por medio de botones parecen tener entre sí un parentesco mucho más íntimo que el que existe entre los huevos ó granos y los padres. Parece, sin embargo, bien establecido que las plantas propagadas por medio de yemas tienen toda vida de igual duración; y todo el mundo sabe qué singulares y cuán numerosos caracteres se transmiten con seguridad por medio de los botones, de las estacas y de los injertos; caracteres que no se transmiten nunca ó rara vez por la germinación seminal.

## CAPÍTULO X

La Tierra del Fuego; nuestra llegada.—La Bahía del Exito.—Los fueguenses á bordo.—Entrevista con los salvajes.—Aspecto que presentan los bosques.—El cabo de Hornos.—La bahía de Wigwam.—Miserable condición de los salvajes.—Hambres.—Caníbales.—Parricida.—Sentimientos religiosos.—Tempestad terrible.—El canal del *Beagle*.—El estrecho de Ponsonby.—Construimos wigwans y establecemos á los fueguenses.—Bifurcación del canal del *Beagle*.—Ventisqueros.—Vuelta al barco.—Segunda visita del barco á la ciudad que hemos fundado.—Igualdad perfecta entre los indígenas.

### La Tierra del Fuego.

*17 de Diciembre de 1832.*—Después de las observaciones sobre la Patagonia y las islas Falkland, voy á describir nuestra primera visita á la Tierra del Fuego. Un poco después del mediodía doblamos el cabo de San Diego y penetramos en el famoso estrecho de Maire. Costeamos de cerca la Tierra del Fuego, pero sin dejar de ver á través de las nubes la tormentosa silueta de la inhospitalaria tierra de los Estados. Por la tarde echamos el ancla en la bahía del Exito. A nuestra entrada recibimos un saludo digno de los habitantes de esta tierra salvaje. Un grupo de fueguenses, ocultos en parte por la espesura del bosque se había situado en una punta de la roca que dominaba el mar; en el momento de nuestro paso saltan agitando sus guñapos y lanzando un largo y sonoro aullido. Siguen al barco, y al caer la noche distingui-

mos que han encendido fuego y oímos todavía sus gritos salvajes. Consiste el puerto en una hermosa sábana de agua medio rodeada de montañas, redondeadas y de poca elevación, de esquisto arcilloso, cubiertas hasta la orilla del mar por un espeso bosque. Una sola ojeada sobre el paisaje me bastó para conocer que iba á ver allí cosas enteramente distintas de las que había visto hasta entonces. Durante la noche se levanta el viento que no tarda en soplar tempestuoso, pero nos protegen de él las montañas: en el mar habríamos sufrido mucho; también nosotros, como otros muchos, podemos saludar esta bahía con el nombre de *bahía del Ecito*.

A la mañana siguiente, envía el capitán una patrulla á tierra para abrir comunicaciones con los indígenas. Llegados al alcance de la voz, uno de los cuatro salvajes que presencian nuestro desembarco, se adelanta á recibirnos y comienza á gritar cuanto podía para indicarnos el punto donde debíamos tomar tierra. Tan pronto como desembarcamos parecieron un tanto alarmados los salvajes, pero siguieron hablando y haciendo gestos con mucha rapidez. Este fué, sin duda, el espectáculo más curioso é interesante á que he asistido en mi vida. No me figuraba cuán enorme es la diferencia que separa al hombre salvaje del hombre civilizado; diferencia, en verdad, mayor que la que existe entre el animal silvestre y el doméstico; lo que se explica por ser susceptible el hombre de realizar mayores progresos. Nuestro principal interlocutor, un viejo, parecía ser el jefe de la familia; con él estaban tres valientes mocetones muy vigorosos y de una estatura de seis pies próximamente: habían retirado á las mujeres y á los niños. Estos fueguenses forman muy marcado contraste con la miserable y des-

medrada raza que habita más al Oeste y parecen próximos parientes de los famosos patagones del estrecho de Magallanes. Su único traje consiste en una capa hecha de la piel de un guanaco, con el pelo hacia afuera; se echan esta capa sobre los hombros y su persona queda así tan cubierta como desnuda. Su piel es de color rojo cobrizo sucio.

El viejo llevaba en la cabeza una venda adornada con plumas blancas, que en parte sujetaba sus cabellos negros, duros y formando una masa impenetrable. Dos bandas transversales ornaban su rostro: una, pintada de rojo vivo, se extendía de una á otra oreja, pasando por el labio superior; la otra, blanca como la creta, paralela á la primera, le pasaba á la altura de los ojos y cubría los párpados. Sus compañeros llevaban también como ornamentos bandas negras al carbón. En suma, esta familia se parecía á esos diablos que se presentan en escena en *Freychütz* ó en obras semejantes.

Su abyección se pintaba hasta en su actitud, y sin dificultad podía leerse en sus facciones la sorpresa, la extrañeza é inquietud que experimentaban. No obstante, cuando les hubimos dado pedazos de tela encarnada, que en el acto se arrollaron al cuello, nos hicieron mil demostraciones de amistad. El viejo, para probarnos esa amistad nos acariciaba el pecho, haciendo oír una especie de cloqueo como el que suele hacerse para llamar á las gallinas. Di algunos pasos al lado del viejo y repitió conmigo estas demostraciones amistosas, que terminó dándome al mismo tiempo en el pecho y en la espalda tres palmadas bastante fuertes. Después se descubrió el pecho para que yo le devolviera el cumplimiento, lo que verifiqué, y pareció agradarle en extremo. En nuestro concepto, el lenguaje

de este pueblo apenas merece el nombre de *lenguaje articulado*. El capitán Cook lo ha comparado al ruido que haría un hombre limpiándose la garganta; pero con seguridad no ha producido nunca ningún europeo ruidos tan duros, notas tan guturales lavándose las fauces.

Son excelentes mímicos. En cuanto uno de nosotros tosía, bostezaba ó hacía algún movimiento especial, lo repetían inmediatamente. Uno de nuestros marineros, por divertirse, bizcó los ojos y comenzó á hacer muecas; en el acto, uno de los fueguenses, con toda la cara pintada de negro, menos una cinta blanca á la altura de los ojos, se puso también á hacer gestos, y hay que confesar que eran mucho más horribles que los de nuestro marinero. Repiten con mucha corrección todas las palabras de una frase que se les dirige y las recuerdan por algún tiempo. Sin embargo, bien sabemos los europeos cuán difícil es distinguir separadamente las palabras de una lengua extranjera. ¿Quién de nosotros podría, por ejemplo, seguir á un indio de América en una frase de más de tres palabras? Todos los salvajes parecen poseer, en grado extraordinario, esa facultad de la mímica. Hanme dicho que los cafres tienen la misma singular cualidad; y se sabe que los australianos son célebres por la facilidad que tienen para imitar la postura y la manera de andar de un hombre, de tan perfecto modo que se le conoce al momento. ¿Cómo explicar esta facultad? ¿Es una consecuencia de la costumbre de percepción ejercitada más á menudo por los salvajes? ¿Es el resultado de sus sentidos más desarrollados comparándolos con las naciones de antiguo civilizadas?

Uno de nuestros hombres comenzó á cantar; entonces creí que los fueguenses iban á caer á tierra: tanta

fué su extrañeza. La misma admiración les produjo ver bailar; pero uno de los jóvenes se prestó de buena gana á dar una vuelta de vals. Por poco acostumbrados que parezcan á ver europeos, conocen, sin embargo, nuestras armas de fuego que les inspiran saludable terror; por nada del mundo querrían tocar un fusil. Nos pidieron cuchillos, dándoles el nombre español *cuchilla*. Haciannos comprender al mismo tiempo lo que querían, simulando tener un trozo de carne de ballena en la boca y haciendo ademán de cortarlo en lugar de desgarrarlo.

Todavía no he hablado de los fueguenses que teníamos á bordo. Durante el viaje anterior del *Adventura* y del *Beagle*, de 1826 á 1830, tomó el capitán Fitz-Roy como rehenes cierto número de indígenas para castigarlos de haber robado un barco; lo que había producido graves dificultades á una patrulla ocupada en descubrimientos hidrográficos. Llevó el capitán algunos de estos individuos á Inglaterra, y además un niño que compró por un botón de nácar, con el propósito de darle alguna educación y enseñarle algunos principios religiosos á su costa. Establecer á estos indígenas en su patria era uno de los principales motivos que llevaron al capitán Fitz-Roy á la Tierra del Fuego. Antes que el Almirantazgo resolviera armar esta expedición había fletado el capitán un barco generosamente para devolver á los fueguenses á su país. Un misionero, R. Matthews, acompañaba á los indígenas; pero ha publicado Fitz-Roy un estudio tan completo acerca de estas gentes, que tendré que limitarme á muy breves observaciones. El capitán llevó primero á Inglaterra dos hombres (de los cuales murió uno en Europa de sífilis), un joven y una muchacha: teníamos, pues, á bordo á York Mins

ter, Jemmy Button (nombre que se le había dado para recordar el precio por él pagado) y Fuegia Basket. York Minster era un hombre de mediana edad, pequeño, grueso, muy fuerte; tenía el carácter taciturno, reservado, perezoso y muy violento cuando se encolerizaba; quería mucho á algunos de los de á bordo y su inteligencia estaba bastante desarrollada. Todo el mundo quería á Jemmy Button aun cuando también tenía violentos accesos de cólera. Era muy alegre, reía casi siempre y bastaba ver sus facciones para adivinar su excelente carácter. Experimentaba una profunda simpatía por todo enfermo; cuando el mar estaba malo solía yo marearme y entonces se me acercaba diciendome con voz doliente: «¡Pobre, pobre hombre!» Pero había navegado tanto, que en su opinión era ridículo que un hombre se marease, por lo cual muchas veces se volvía para ocultar una sonrisa ó una carcajada, y luego repetía su «¡Pobre, pobre hombre!» Buen patriota, acostumbraba á hablar lo mejor posible de su tribu y de su país, donde había, decía él y decía la verdad, «una gran cantidad de árboles»; pero se burlaba de todas las demás tribus. Declaraba enfáticamente que en su país no había diablo. Jemmy era pequeño, fuerte y grueso, y muy coquetón: llevaba siempre guantes, se hacía cortar el pelo y sufría un gran disgusto cuando se le manchaban las botas muy bien embetunadas. Gustaba mucho de mirarse al espejo, lo que no tardó en conocer un pequeño indio muy burlón de río Negro que iba á bordo con nosotros desde hacía algunos meses y que acostumbraba á reirse de él. Muy celoso Jemmy de las atenciones que se le tenían á aquel muchacho, no le quería nada y solía decir meneando gravemente la cabeza: «¡Demasiada alegría!» Cuando recuerdo

todas sus buenas cualidades confieso que aun hoy experimento la más profunda extrañeza al pensar que pertenecía á la misma raza que los innobles y asquerosos salvajes que hemos visto en la Tierra del Fuego, y que probablemente tenía el mismo carácter que ellos. Fuegia Basket, por último, era una graciosa muchacha, modesta y reservada, de facciones bastante agradables, pero que á veces se obscurecían; aprendía todo muy pronto, y en particular los idiomas. Tuvimos buena prueba de esta facilidad admirable por la cantidad de español y portugués que aprendió en poco tiempo en Río Janeiro y en Montevideo, y porque había llegado á saber inglés. York Minster se mostraba muy celoso de las atenciones que con ella se tenían, y era indudable que tenía intención de hacerla su mujer tan pronto como volviesen á su país.

Aunque los tres comprendían y hablaban bastante bien el inglés, era muy difícil saber por ellos las costumbres de sus compatriotas. Provenía esto en parte, creo, de que les era muy difícil comprender la menor alternativa. Todo el que tenga costumbre de tratar niños sabe cuán difícil es obtener de ellos una respuesta á las más sencillas preguntas, por ejemplo: ¿es blanca ó negra una cosa? La idea de negro y la idea de blanco llenan alternativamente su espíritu. Lo mismo sucedió con los fueguenses; por lo que la mayor parte de las veces era imposible saber, al interrogarles de nuevo, si habían comprendido bien lo que se les dijo al principio. Tenían la vista muy penetrante; sabido es que los marinos, por su larga costumbre, distinguen un objeto mucho antes que un hombre habituado á vivir en tierra; pero York y Jemmy eran bajo este punto de vista muy superiores á todos los marinos de á bordo. Muchas veces habían anunciado que veían una

cosa, nombrando lo que percibían; todo el mundo dudaba, y, sin embargo, el anteojo probaba que tenían razón. Tenían plena conciencia de esta facultad, y así, cuando Jemmy tenía alguna pequeña reyerta con el oficial de guardia no dejaba de decirle: «Yo ver barco, yo no decir.» Nada más curioso de observar que la conducta de los salvajes con Jemmy Button cuando desembarcamos. Inmediatamente notaron la diferencia entre él y nosotros, lo que dió lugar á una muy animada conversación entre ellos. Después el viejo le dirigió un largo discurso; parece que le excitaba á que darse con ellos; pero Jemmy comprendía muy poco su lenguaje y además parecía avergonzarse de sus compatriotas. Cuando York Minster vino á tierra también le conocieron en seguida y le dijeron que debía afeitarse, y eso que apenas tenía veinte pelos microscópicos en la cara, mientras que todos nosotros llevábamos barba corrida.

Examinaron el color de su piel y la compararon con la nuestra. Uno de nosotros les enseñó el brazo desnudo y se extasiaron de su blancura, lanzando enteramente las mismas exclamaciones de sorpresa, haciendo los mismos gestos que un orangután ha hecho delante de mí en los Jardines Zoológicos. Hasta donde hemos podido saberlo, estos salvajes tomaron por mujeres nuestras á dos ó tres de los oficiales más pequeños y rubios que los otros, aunque llevaban magníficas barbas. Uno de estos fueguenses muy alto estaba entusiasmado de que admiráramos su estatura. Cuando lo poníamos de espaldas junto á uno de nuestros marinos, más alto, trataba de ponerse en un terreno más elevado ó de puntillas. Abrió la boca para enseñarnos los dientes; se volvía para que pudiéramos verle de perfil y hacía todos esos gestos con tal aire de satisfac-

ción de sí mismo, que indudablemente se creía el hombre más hermoso de la Tierra del Fuego. Nuestro primer sentimiento de extrañeza dió lugar pronto á la diversión que nos proporcionaban estos salvajes, ya por la expresión de sorpresa que á cada momento se veía pintarse en sus facciones, ya por la mímica á que de continuo se entregaban.

Al día siguiente traté de penetrar á alguna distancia en el interior del país, y puedo describir la Tierra del Fuego en cuatro palabras: un país montañoso, en parte sumergido, de tal modo que ocupan el lugar de los valles, profundos estrechos y extensas bahías; y un inmenso bosque que se extiende desde las cimas de las montañas hasta la orilla de las aguas, cubriendo las vertientes, á excepción de la occidental. Crecen los árboles hasta unos 1.000 á 1.500 pies sobre el nivel del mar; sigue luego una faja de turberas, cubierta de plantas alpestres muy pequeñas; y por último la línea de las nieves perpetuas, que, según el capitán King, baja en el Estrecho de Magallanes á una altura de 3 á 4.000. Apenas puede encontrarse en todo el país una sola hectárea de terreno llano; no recuerdo haber visto más que una pequeña llanura cerca del Puerto de la Desolación y otra un poco mayor junto á la bahía de Gæree. En estos puntos, como en todos los demás, cubre por completo el suelo una espesa capa de turba pantanosa. En el interior mismo de los bosques desaparece el suelo bajo una masa de materias vegetales en putrefacción lenta, que empapadas siempre de agua ceden bajo los pies.

No tardó en serme imposible continuar el camino á través del bosque, y seguí, pues, á lo largo de un torrente. Al principio apenas podía dar un paso á causa de las cataratas y de los numerosos troncos de árbo-